

Crónicas marcianas

*Con cariño y agradecimiento a Maggie/Marguerite,
que mecanografió este manuscrito
en 1949.*

*Y a Norman Corwin
y a WALTER I. BRADBURY,
¡grandes amigos y padrinos!¹*

Green Town, en algún lugar de Marte; Marte, en algún lugar de Egipto²

Una introducción de Ray Bradbury

«No me diga lo que estoy haciendo. ¡No quiero saberlo!»³.

No son mis palabras. Las dijo mi amigo, el director italiano de cine Federico Fellini⁴. Mientras filmaba sus guiones, toma a toma, se negaba a ver el nuevo metraje capturado por la cámara y revelado en el laboratorio al final del día. Quería que sus escenas mantuvieran un tentador halo de misterio capaz de seducirlo.

Eso mismo ha ocurrido con mis relatos, poemas y obras de teatro durante casi toda mi vida. Eso mismo ocurrió con *Crónicas marcianas* en los años anteriores a mi matrimonio en 1947, culminadas con las rápidas sorpresas acaecidas durante el desarrollo del trabajo final en el verano de 1949. Lo que empezó siendo un relato puntual o «incidental» sobre el planeta rojo, se convirtió en la explosión de una granada⁵ en julio y agosto de ese año, cuando todas las mañanas me sentaba de un salto ante la máquina de escribir para encontrarme con la extraordinaria novedad que mi Musa quisiera darme.

¿Tuve una Musa así? ¿Y creí siempre en la existencia de semejante criatura mítica? No. Al principio, dentro y fuera del instituto, y de pie en la esquina de la calle vendiendo periódicos, hice lo que la mayoría de los escritores en sus comienzos: emulé a mis antecesores, imité a mis coetáneos, apartando así cualquier posibilidad de

descubrir las verdades que se encontraban bajo mi piel y tras mis ojos.

Aunque escribí una serie de relatos de misterio y fantasía publicados con veintitantos años, no aprendí nada de ellos. Me negaba a ver que estaba entorpeciendo un montón de cosas buenas que tenía en la cabeza y atrapaba en el papel. Mis historias peculiares eran vívidas y reales. Mis cuentos futuristas eran robots sin vida, mecánicos e inertes.

Fue *Winesburgh, Ohio*, de Sherwood Anderson⁶, lo que me liberó. En cierta ocasión, con veinticuatro años, me quedé perplejo por la docena de personajes que se pasaban la vida en aquellos porches a media luz y en aquellos desvanes sombríos de una ciudad eternamente otoñal. «¡Ay, Dios! —exclamé—. Si yo pudiera escribir un libro la mitad de bueno que este, pero ambientado en Marte, ¡sería increíble!».

Garabateé una lista de posibles escenarios y personajes de ese mundo lejano, imaginé títulos, inicié y frené una docena de relatos, luego lo archivé y lo olvidé. O *creí* que lo había olvidado.

Porque la Musa persiste. Sigue viva, aun desatendida, a la espera de que le insufles tu aliento o de morir sin darla a conocer. Mi trabajo consistió en convencerme a mí mismo de que el mito era algo más que un fantasma, era una sustancia intuitiva que, una vez despierta, hablaría en otras lenguas e impulsaría las yemas de mis dedos.

Durante los años siguientes escribí una serie de reflexiones sobre Marte, «comentarios» Shakespearianos, pensamientos desperdigados, sueños a medias de madrugada. Los franceses, como St. John Perse⁷, practican esto a la perfección. Es el párrafo medio poético, medio lírico, que se compone tan solo de un centenar de palabras o que alcanza una página entera sobre cualquier tema, ya sea inspirado por el clima, el tiempo, una facha-

da arquitectónica, el buen vino, las buenas viandas, una vista marina, las rápidas puestas de sol, o un largo amanecer. A partir de estos elementos, uno vomita extrañas bolas de pelo o un disparatado soliloquio *hamletiano*.

En cualquier caso, expuse mis reflexiones sin orden ni concierto, y las sepulté con otro par de docenas de relatos.

Entonces se produjo un hecho feliz. Norman Corwin, el mayor director y guionista de radio, insistió en que visitase Nueva York para ser «descubierto». Respetuoso ante su insistencia, fui en autobús hasta Manhattan, languidecí en la Asociación Cristiana de Jóvenes, y conocí a Walter Bradbury (sin parentesco familiar), el magnífico editor de Doubleday que sugirió que tal vez yo había tejido un tapiz invisible.

—¿No podría usted equiparse de aguja e hilo y coser todos esos cuentos marcianos para darle forma a *Crónicas marcianas*? —me sugirió.

—Dios mío —susurré—. ¡*Winesburg, Ohio!*

—¿Cómo? —preguntó Walter Bradbury.

Al día siguiente entregué el esbozo de *Crónicas marcianas* a Walter Bradbury, además de un resumen de *El hombre ilustrado*. Volví a casa en tren con un cheque de mil quinientos dólares en la cartera, con el que pagué el alquiler de dos años (a treinta dólares mensuales) y el parto de nuestra primera hija.

Crónicas marcianas se publicó hacia finales de la primavera de 1950 y obtuvo pocas críticas. Solo Christopher Isherwood⁸ me puso la corona de laurel en la cabeza al presentarme a Aldous Huxley⁹, quien, tomando el té, se inclinó hacia delante y dijo:

—¿Sabe usted qué es?

«No me diga lo que estoy haciendo. ¡No quiero saberlo!», pensé.

—Usted —dijo Huxley—, es un poeta.

—¡Maldita sea! —respondí.

—No, maldito no. ¡Bendito! —afirmó Huxley.
Verdadera y genéticamente bendito.

Y la bendición reside en este libro.

¿Quedarán aquí restos de la sangre de Sherwood Anderson? No. Ya hacía tiempo que su asombrosa influencia se había disuelto en mis ganglios. Tal vez se puedan advertir unas pocas apariciones de *Winesburg, Ohio* en mi otro libro de relatos que se hace pasar por novela, *El vino del estío*¹⁰. Pero no hay imágenes de espejo. Los grotescos de Anderson eran las gárgolas de los tejados de la ciudad; los míos son principalmente perros *collie*, solteronas extraviadas en fuentes de soda, un muchacho extremadamente sensible a los tranvías muertos, amigos perdidos y coroneles de la guerra de Secesión ahogados en el tiempo o ebrios de recuerdos. Las únicas gárgolas de Marte son los marcianos disfrazados como mis parientes de Green Town, que se esconden hasta que les llega la hora.

Sherwood Anderson no hubiera sabido darles el tratamiento adecuado a los globos de fuego del Día de la Independencia. Yo los prendí y los llevé a Marte y a Green Town, y en ambos libros residen y se consumen en silencio. Aún siguen ardiendo allí, con la luz justa para facilitar la lectura.

Hará unos dieciochos años, hice de productor teatral para la puesta en escena de *Crónicas marcianas* en un teatro de Wilshire Boulevard. A seis manzanas al oeste, se inauguraba en el Museo de Arte de Los Ángeles la exposición itinerante del Egipto de Tutankamón. Anduve de un lado a otro, de Tut al teatro, del teatro a Tut, boquiabierto.

—Dios mío —dije al contemplar la máscara dorada de Tutankamón—. Esto es Marte.

—Dios mío —dije al observar en el escenario a mis marcianos—. Eso es Egipto con los espectros de Tutankamón.

De modo que, ante mis ojos, mezclados en mi mente, se renovaron los antiguos mitos, y se envolvieron los nuevos con papiro, cubiertos por máscaras relucientes.

Sin saberlo, yo había sido todo ese tiempo el hijo de Tut, escribiendo los jeroglíficos del planeta rojo, con la certeza de que desarrollaba futuros incluso en desempolvados pasados.

Pero si todo esto era cierto, ¿por qué *Crónicas marcianas* se describe tan a menudo como ciencia ficción? No se ajusta a esa descripción. Solo hay un relato en todo el libro que respeta las leyes de la física tecnológica: «Vendrán lluvias suaves». Estuvo entre las primeras casas de realidad virtual que han aparecido entre nosotros estos últimos años. En 1950, esa casa se habría declarado en bancarrota. Con la llegada de la informática, el fax, internet, las cintas de audio, los auriculares *walkman* y los televisores de pantalla panorámica, podrían interconectarse sus habitaciones en cualquier cadena de tiendas de Circuit City¹¹ a buen precio.

Bien, entonces, ¿qué es *Crónicas marcianas*? Es el rey Tut salido de la tumba cuando yo tenía tres años, las Eddas nórdicas cuando tenía seis, y los dioses griegos y romanos que me conquistaron a los diez: puro mito. De haber sido ciencia ficción práctica y tecnológicamente eficiente, hace tiempo que estaría tirada en la cuneta, cubierta de óxido. Pero como se trata de una fábula de autoseparación, incluso los físicos más reputados de Caltech¹² aceptan respirar la atmósfera compuesta del oxígeno fraudulento que yo he liberado en Marte. La ciencia y las máquinas pueden aniquilarse mutuamente o ser reemplazadas. El mito, visto en espejos, que no puede ser tocado, permanece. Si no es inmortal, casi lo parece.

Por último:

«No me diga lo que estoy haciendo. ¡No quiero saberlo!».

Vaya una manera de vivir... La única. Porque fingiendo ser ignorante, la intuición, curiosa por el aparente abandono, echa hacia atrás la invisible cabeza y serpentea por las yemas de tus dedos adoptando formas mitológicas. Y porque escribí mitos, tal vez a Marte le queden unos pocos años más de vida increíble. Hay una cosa que me da cierta confianza: aún me siguen invitando al Instituto de Tecnología de California.

*—Es bueno renovar nuestra capacidad de asombro
—dijo el filósofo—. Los viajes interplanetarios
nos han llevado de vuelta a la niñez.*

ENERO DE 2030

El verano del cohete

Un minuto antes era invierno en Ohio, con las puertas y las ventanas cerradas, los cristales empañados de escarcha, los carámbanos bordeando los tejados, los niños esquiando en las laderas, las amas de casa caminando pesadamente por las calles heladas como enormes osas negras.

Y de repente, una larga ola de calor atravesó el pueblo; sumergido en una marea de aire tórrido, como si alguien hubiera dejado abierta la puerta del horno de una panadería. El calor latió entre las casas, los arbustos y los niños. Los carámbanos cayeron de los tejados, quebrados, empezando a derretirse. Las puertas se abrieron; las ventanas se levantaron; los niños se quitaron las ropas de lana; las mujeres se despojaron de los disfraces de osas; la nieve se derritió y descubrió los viejos y verdes prados del último verano.

El verano del cohete. Estas palabras circularon en boca de todos por las casas abiertas y ventiladas. *El verano del cohete.* El cálido aire desértico derritió los dibujos de la escarcha en los cristales de las ventanas, borrando la obra de arte. Los esquís y los trineos fueron de pronto innecesarios. La nieve, que caía del cielo helado sobre el pueblo, como una lluvia cálida llegaba al suelo.

El verano del cohete. La gente se asomaba a los porches empapados a mirar el enrojecimiento del cielo.

El cohete, instalado en su plataforma de lanzamiento, arrojaba rosadas nubes de fuego y calor infernal. El cohete, enhiesto en la fría mañana invernal, trajo el verano con el aliento de sus poderosos gases de escape. El cohete trajo el buen tiempo, y por unos instantes se hizo el verano en la Tierra...

FEBRERO DE 2030

Ylla

Tenían en el planeta Marte, a orillas de un mar seco, una casa de columnas de cristal, y todas las mañanas podías ver a la señora K tomar su ración de frutas doradas que maduraban en las paredes de cristal, o limpiar la casa con puñados de un polvo magnético que, tras atrapar toda la suciedad, se dispersaba por el viento cálido. Por la tarde, cuando el mar fósil estaba inmóvil y tibio, y las viñas se alzaban tiesas en el patio, y en el distante y osificado pueblo marciano nadie salía de su casa, podías ver al señor K en su cuarto, leyendo un libro de metal con jeroglíficos en relieve, que acariciaba con la mano como si tocara el arpa. Y al acariciar el libro con los dedos, una voz cantaba, una voz suave y ancestral, que contaba cuentos de cuando el mar bañaba las costas con vapores rojos y los hombres de antaño lanzaban al combate nubes de insectos metálicos y arañas eléctricas.

El señor y la señora K llevaban viviendo veinte años a orillas del mar muerto, en la misma casa que vivieron sus antepasados, y que giraba y seguía el curso del sol, como un girasol, desde hacía diez siglos.

El señor y la señora K no eran viejos. Tenían la tez clara y parduzca del auténtico marciano, los ojos amarillos y rasgados, y las voces suaves y musicales. En otra época habían disfrutado pintando cuadros con fuego

químico, habían nadado en los canales, cuando las viñas vertían en ellos su licor verde, y habían hablado hasta el amanecer bajo los azules retratos fosforescentes en la sala de coloquios.

Ahora no eran felices.

Aquella mañana, la señora K, de pie entre las columnas, escuchaba el hervor de las arenas del desierto, que se fundían en una cera amarilla y parecían seguir hacia el horizonte.

Algo iba a suceder.

La señora K esperaba.

Miraba el cielo azul de Marte, como si en cualquier momento pudiera encogerse, contraerse y arrojar un brillante milagro sobre la arena.

Nada sucedía.

Cansada de esperar, echó a andar entre las brumosas columnas. Una suave lluvia brotaba de los estriados capiteles de las columnas, caía suavemente sobre ella y refrescaba el aire abrasador. En los días calurosos, caminar entre las columnas era como caminar por un arroyo. Unos frescos chorros de agua brillaban por los pisos de la casa. Oía a su esposo tocando su libro en la distancia, sin parar, sin que los dedos se le cansaran jamás de tocar aquellas antiguas canciones. Y deseó en silencio que llegara el día en que él dedicara todo ese tiempo a abrazarla y tocarla como a un arpa pequeña, como hacía ahora con todos sus increíbles libros.

Pero no. Meneó la cabeza y se encogió de hombros, imperceptible y compasivamente. Los párpados se le cerraron suavemente sobre los ojos amarillos. «El matrimonio nos hace viejos y aburridos, aun siendo jóvenes», pensó.

Se arrellanó en una silla, que se desplazó y amoldó a su cuerpo para acogerla, y cerró totalmente los ojos, nerviosa.

Y el sueño llegó.

Los dedos bronceados temblaron y se alzaron, enganchados al aire. Un momento después, se incorporó en la silla, sobresaltada, jadeando.

Echó un rápido vistazo a su alrededor, como si esperara encontrarse con alguien. Quedó decepcionada. El vacío reinaba entre las columnas.

Su esposo apareció en una puerta triangular.

—¿Llamaste? —preguntó, irritado.

—¡No! —gritó ella.

—Creí oírte gritar.

—¿Grité? ¡Me quedé dormida y tuve un sueño!

—¿De día? No sueles dormir de día.

La señora K siguió sentada, como si el sueño le hubiera dado un puñetazo en la cara.

—Qué raro, qué sueño más raro —susurró.

—¡Ah!

Evidentemente, el señor K quería volver a su libro.

—Soñé con un hombre —dijo la señora K.

—¿Con un hombre?

—Un hombre de un metro ochenta de estatura.

—Qué absurdo. Un gigante, un gigante deforme.

—Sin embargo... —añadió la señora K queriendo continuar—. Tenía buen porte, a pesar de ser alto. Y... Bueno, ya sé que te parecerá una tontería, pero... ¡Tenía los ojos azules!

—¡Los ojos azules! ¡Por todos los dioses! —gritó el señor K—. ¿Qué soñarás la próxima vez? Supongo que tenía el cabello negro.

—¿Cómo lo adivinaste? —preguntó la señora K entusiasmada.

—Elegí el color más improbable —replicó el señor K con frialdad.

—¡Sí, lo tenía negro! —exclamó ella—. Y tenía la piel muy blanca. ¡No era *nada* común! Iba vestido con un uniforme muy extraño. Bajó del cielo y me habló amablemente —concluyó con una sonrisa.

—¿Que llegó del cielo? ¡Qué absurdo!

—Vino en una cosa de metal que brillaba a la luz del sol —recordó la señora K, cerrando los ojos para revivir la escena—. Yo estaba mirando el cielo y algo brilló como una moneda que se tira al aire, y de pronto se hizo más grande y descendió suavemente. Era un aparato alargado y plateado, circular y alienígena. En un lateral de ese objeto plateado se abrió una puerta y salió el hombre alto.

—Si trabajaras más, no tendrías esos sueños tan absurdos.

—Pues lo disfruté mucho —dijo la señora K, reclinándose en la silla—. Nunca creí tener tanta imaginación. ¡Cabello negro, ojos azules y piel blanca! Qué hombre tan extraño, y sin embargo... tan hermoso.

—Eres una ilusa.

—Eres muy cruel. No lo inventé intencionadamente, simplemente se me apareció mientras dormitaba. Pero no parecía un sueño. Fue algo tan inesperado y diferente... Ese hombre me miró y me dijo: «He venido en mi nave desde el tercer planeta. Me llamo Nathaniel York».

—Un nombre estúpido. Eso no es un nombre —objetó el señor K.

—Pues claro que es estúpido, porque es un sueño —aclaró la señora K dulcemente—. Y también me dijo: «Este es el primer viaje por el espacio. Solo vamos dos en nuestra nave, mi amigo Bert y yo».

—Otro nombre estúpido.

—Y además me dijo: «Venimos de una ciudad de la Tierra. Así se llama nuestro planeta». Sí, la 'Tierra' era el nombre. Y hablaba en otro idioma. Pero por alguna razón, lo entendía con la mente. Será telepatía, supongo.

El señor K le dio la espalda, retirándose. Ella lo detuvo llamándolo en voz baja:

—¿Yll? —llamó en voz baja—. ¿Te has preguntado alguna vez si..., bueno, si *habrá* gente viviendo en el tercer planeta?

—El tercer planeta no puede albergar vida —sentenció pacientemente el esposo—. Nuestros científicos han dicho que su atmósfera contiene demasiado oxígeno.

—Pero ¿no sería fascinante que estuviera habitado? ¿Y que sus gentes viajaran por el espacio en esa especie de naves?

—Vale, Ylla, ya sabes cómo detesto cualquier sentimentalismo. Sigamos trabajando.

Era al caer la tarde cuando ella empezaba a entonar la canción entre las susurrantes columnas de lluvia. No dejaba de cantar la canción una y otra vez.

—¿Qué canción es esa? —le preguntó su marido mientras se acercaba para sentarse a la mesa de fuego.

La esposa alzó la mirada y, sorprendida de sí misma, se llevó la mano a la boca, dubitativa.

—No sé.

El sol se ponía. La casa se plegaba, cerrándose como una flor gigante al ocultarse el sol. Un viento sopló entre los muros de cristal.

El abrasador pozo de lava plateada burbujeaba en la mesa de fuego. El viento agitó el cabello bermejo de la señora K y le canturreó suavemente en los oídos. La señora K se quedó mirando en silencio, con los ojos amarillos, tiernos y húmedos, el lejano y cetrino fondo del mar, como si recordara algo:

—*Brinda por mí con tus ojos y yo te prometeré con los míos*¹³ —su canto era lento, suave, como un susurro—. *O deja un beso en tu copa y no pediré vino.*

Continuó susurrando y movió las manos en el viento muy lentamente. Cerró los ojos y dejó de cantar.

Era una canción muy hermosa.

—Nunca he oído esa canción. ¿Es tuya? Le preguntó el señor K con una mirada inquisitiva.

—No. Sí. No... La verdad es que... ¡No lo sé! —soltó la señora K sin pensarlo, en un arrebato—. Ni siquiera comprendo esas palabras. ¡Son de otro idioma!

—¿Qué idioma?

La señora K dejó caer, aturdida, unos trozos de carne en el pozo de lava.

—No lo sé.

Un momento después sacó la carne, ya hecha, y se la sirvió en un plato a su marido.

—Es una tontería que he inventado, supongo. No sé por qué.

El señor K no dijo nada. Observaba cómo su esposa echaba unos trozos de carne en el pozo de fuego reluciente. El sol se había puesto. Lenta, muy lentamente, la noche invadió la habitación, engulléndolos a ellos y a las columnas de cristal, como un vino oscuro que subiera a borbotones hasta el techo. Solo el resplandor de la lava de plata iluminaba sus rostros.

La señora K volvió a susurrar la canción.

El señor K saltó al instante de la silla y salió airado de la habitación.

Más tarde, solo, el señor K terminó de cenar.

Cuando se levantó de la mesa, se desperezó, miró a su esposa y le dijo bostezando:

—Vamos a coger los pájaros de fuego para ir a la ciudad a ver algún espectáculo esta noche.

—¿En serio? —le preguntó su esposa—. ¿Te sientes bien?

—¿Por qué te sorprendes?

—¡Llevamos seis meses sin salir a divertirnos!

—Creo que es una buena idea.

—Te has vuelto tan atento de repente...

—No digas esas cosas —dijo malhumorado—. ¿Quieres o no quieres que salgamos?

La señora K miró el pálido desierto. Las lunas gemelas ascendían en la noche. El agua fresca y silenciosa le corría alrededor de los pies. Se estremeció un poco. Deseaba tanto sentarse allí tranquilamente, en silencio, estática, hasta que ocurriera lo que había soñado, ese sueño que llevaba esperando todo el día, eso que no podía

ocurrir, aunque tal vez ocurriría. La canción flotaba en el ambiente, rozándole la mente.

—¡Yo...!

—Te vendrá bien —dijo el esposo—. Vamos ya.

—Estoy cansada. Otra noche.

—Aquí tienes tu bufanda —insistió el señor K acercándole un frasco—. No hemos salido en meses.

La señora K no lo miraba.

—Pues tú has ido dos veces por semana a la ciudad de Xi.

—De negocios.

—¿Ah, sí? —susurró la señora K.

Del frasco brotó un líquido que se convirtió en una neblina azul, y envolvió el cuello de la temblorosa señora K.

Los pájaros de fuego esperaban, como brasas de carbón al rojo vivo, brillando sobre las frescas y suaves arenas. La barquilla blanca, flotando en el viento de la noche, ondeaba suavemente, unida a los pájaros por mil cintas verdes.

Ylla se retrepó en la barquilla y, con una palabra de su esposo, los pájaros saltaron, en llamas, hacia el cielo oscuro. Las cintas se estiraron, la barquilla se elevó, deslizándose sobre las arenas, que chirriaban suavemente. Las colinas azules se apartaron, se desvanecieron, y su casa, las columnas de lluvia, las flores enjauladas, los libros cantores y los susurrantes arroyos del piso quedaron atrás. La señora K no miraba a su esposo. Le oía gritar a los pájaros en llamas mientras iban ascendiendo, como diez mil chispas calientes, como fuegos artificiales, amarillos y rojos, por el cielo, arrastrando la barquilla como un pétalo de flor, ardiendo a través del viento.

Ylla no miraba las antiguas y ajedrezadas ciudades muertas, ni los viejos canales llenos de sueños y desolación. Como una sombra de luna, como una antorcha encendida, sobrevolaban ríos y lagos secos.

Ylla solo miraba el cielo.

El esposo habló.

Ylla miraba el cielo.

—¿No has oído lo que te he dicho?

—¿Qué?

—Podías prestar atención —añadió con un suspiro.

—Estaba pensando.

—Nunca imaginé que fueras amante de la naturaleza, pero es evidente que el cielo te interesa mucho esta noche.

—Es tan hermoso...

—Estaba pensando en llamar a Hulle esta noche —dijo el esposo lentamente—. Me gustaría proponerle pasar unos días, bueno, solo una semana, en las Montañas Azules. Es solo una idea.

—¡Las Montañas Azules! —gritó Ylla, agarrándose del borde de la barquilla con una sola mano y volviéndose rápidamente hacia él.

—Bueno, es solo una sugerencia.

—¿Cuándo quieres que vayamos?

—He pensado que podríamos salir mañana por la mañana —respondió el esposo despreocupadamente—. Saldríamos muy temprano.

—¡Pero ningún año hemos salido tan temprano!

—Solo por esta vez —dijo el señor K sonriendo—. Pienso que nos hará bien salir. Tendremos paz y tranquilidad. ¿No habrás planeado otra cosa? Iremos, ¿vale?

La señora K tomó aliento, esperó, y entonces replicó:

—No.

—¿Qué?

El grito del señor K sobresaltó a los pájaros; la barquilla dio una sacudida.

—No —dijo Ylla con determinación—. Está decidido. No iré.

Él la miró y no hablaron más. Ylla le dio la espalda.

Los pájaros parecían diez mil teas al viento.